

**Cuda, Emilce**

*Inclusión social e inmigración : posibilidades a partir de la experiencia católica norteamericana del siglo XIX*

Revista Teología • Tomo XLVII • N° 101 • Abril 2010:117-138

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Cuda, Emilce, *Inclusión social e inmigración : posibilidades a partir de la experiencia católica norteamericana del siglo XIX* [en línea], *Teología*, 101 (2010)

<<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/revistas/inclusion-social-e-inmigracion.pdf>>  
(Se recomienda indicar al finalizar la cita bibliográfica la fecha de consulta entre corchetes. Ej: [consulta: 19 de agosto, 2010]).

## INCLUSION SOCIAL E INMIGRACIÓN

### Posibilidades a partir de la experiencia católica norteamericana del siglo XIX

#### RESUMEN

El tema de la inclusión social se aborda con la intención de que la inmigración pueda ser percibida como una oportunidad histórica para el desarrollo de los pueblos, y no como una amenaza social. El desplazamiento de las mareas de seres humanos por el mundo en busca de soluciones urgentes a sus necesidades básicas, es hoy una de las alarmas encendidas en las democracias republicanas y un nuevo desafío para la vieja pastoral católica -desde siempre comprometida con la dignidad humana. Uno de los países que mejor ha resuelto el problema de la inmigración es Estados Unidos en el siglo XIX, no solo supo cómo incluirlos socialmente, sino que la Iglesia Católica ha sido allí un factor determinante en el proceso de amalgama social. El análisis de la pastoral católica frente a la inmigración irlandesa a Estados Unidos es un referente de que tal proceso de inclusión es posible. Se intentará ver cuáles han sido las condiciones históricas y cuáles las decisiones tomadas, por el Estado y por el Catolicismo, respecto de la inmigración de la clase trabajadora. En esa acción pastoral, la lucha política por los derechos sociales de la clase obrera inmigrante, y su educación universitaria, han sido factores determinantes en los procesos de inclusión.

*Palabras clave:* Inmigración, trabajadores, irlandeses, pastoral, democracia, catolicismo.

#### ABSTRACT

The issue of social inclusion is addressed with the intent that immigration can be perceived as an historic opportunity for the development of peoples, and not as a social threat. Shifting tides of human beings around the world in search of urgent solutions to their basic needs, is today one of the alarms for republican democracies and a new challenge to the old Catholic pastoral as always committed to human dignity. One country that has best solved the problem of immigration

is the United States in the nineteenth century, which was able to include immigrants socially. It was the Catholic Church in America that was a determining factor in the process of social amalgamation. Analysis of Catholic pastoral regarding Irish immigration to America is a reference of how such a process of inclusion is possible. This essay will attempt to see which have been the historical conditions and which decisions were taken by the State and Catholicism, in regards to the immigration of the working class. In this pastoral, political struggle for social rights of the working class immigrant, and his university education, have been determining factors in the processes of inclusion.

*Key Words:* Immigration, Working Class, Irish, Catholic Church in America, Catholic pastoral, Democracies.

## 1. Inmigración y nativismo

No se puede entender cómo acontece la democracia real en Estados Unidos sin entender la cuestión inmigrante irlandesa, algo que el mismo Tocqueville destaca en sus borradores de la *Democracia en América*.<sup>1</sup> Uno de los problemas en relación a la cuestión Iglesia-Estado en Estados Unidos fue precisamente la exclusión de los católicos inmigrantes obreros de la comunidad política, por parte del liberalismo económico de los nativos. Autoproclamados estos últimos –implícitamente– única comunidad de sujetos iguales y soberanos al ser los únicos facultados para ejercer la ciudadanía –es decir, la participación en las decisiones públicas de los bienes comunes–, se colocaban contra el principio de la *Declaración de Independencia* que sostenía que todos los hombres habían sido creados iguales. El argumento político que se esgrimía como justificación de esa exclusión civil y social practicada sobre los inmigrantes no era, desde ya, la desigualdad natural, sino la amenaza a la soberanía que los inmigrantes, por ser católicos, constituían desde su posible doble obediencia –a la república y al Papa–.

Los católicos fundadores irlandeses de origen patricio sajón –como lo fueron en el siglo XVIII Charles y John Carroll, firmante de la Independencia y primer obispo respectivamente–, estaban absolutamente integrados a la sociedad civil y a la comunidad política y económica, lo cual les deparaba el respeto de sus conciudadanos protestantes.

1. ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *La democracia en América*, Madrid, Sarpe, 1984<sup>2</sup>, I, II, IX, 287. Decimotercera reimpresión en español, 2005.

Los católicos inmigrantes irlandeses del siglo XIX de origen celta, en cambio, hambrientos e ignorantes, no fueron bien recibidos por los liberales conservadores nativos. Esta situación divide al mismo tiempo la posición de la jerarquía eclesiástica. Los obispos franceses –los primeros clérigos en llegar a la nueva nación escapando de la revolución liberal europea a fines del siglo XVIII–, se inclinaban por la república conservadora del nativismo en defensa de los derechos civiles de la minoría acomodada. Los obispos irlandeses, llegados con la primera inmigración proletaria en 1820, se inclinaban por la república democrática en defensa de los derechos sociales de los inmigrantes trabajadores.

Sin duda, el motivo por el cual los inmigrantes irlandeses escapan de Europa en el siglo XIX son las consecuencias económicas de la revolución industrial. Sin embargo, el factor desencadenante fue la búsqueda de la democracia real frente a la opresión del liberalismo inglés, la cual encuentran nuevamente en Estados Unidos bajo las mismas condiciones. Apenas llegaban eran reclutados a trabajar –como esclavos primero, como soldados después, en la Guerra de Secesión–, solo a cambio de tres platos de comida al día. Con ellos llega a América un nuevo componente político, el irlandés demócrata, una mezcla de romántico social y nacionalista en contra de un liberalismo conservador, ya monárquico, ya republicano. Llegan en medio de la primera crisis económica –en consecuencia, política– del liberalismo, entre 1920 y 1930. Las oportunidades de trabajo eran pocas, y los irlandeses eran más calificados y más baratos que los mismos esclavos negros. Esto provocó realmente la reacción hacia los inmigrantes. La amenaza laboral y no la amenaza a la soberanía era la causa real de la exclusión civil. Detrás de lo religioso se ocultaba un conflicto económico.

No es fácil encontrar un ejemplo mejor de inclusión social del inmigrante que aquel que los irlandeses lograron en América al cabo de cien años de lucha política. Pasaron de ser en el siglo XIX una marginalidad violenta, y por tanto amenazante de la paz social, a convertirse en los cuadros número uno de la academia y la política en el siglo XX. Uno de los factores principales para que ese proyecto fuera posible consistió en la cooperación Iglesia-Estado. Ambos poderes –público y espiritual–, separados en jurisdicciones soberanas desde el inicio de la república mediante garantías constitucionales, lograron trabajar en conjunto para alcanzar la inclusión social del inmigrante; uno, en pos de la dignidad humana, otro, por la unidad del Estado. Esto se debe a que el liberalis-

mo en América fue religioso desde sus orígenes –el fundamento de su principio igualitario queda establecido en la *Declaración de Independencia*–. Siempre supo su clase dirigente, más allá de su ateísmo y de sus prejuicios étnicos o clasistas, que sin la habitualidad de la virtud moral y ciudadana, gestada por la práctica religiosa, la libertad no sería posible en el liberalismo; esta cedería tarde o temprano a la seguridad. George Washington, en su discurso de despedida, dijo:

“Entre todas las disposiciones de ánimo y los hábitos que conducen a la prosperidad política, la religión y la moralidad son los soportes indispensables. No puede pretender que se le tenga por patriota quien se esfuerza por subvertir estos grandes pilares de la felicidad humana, los más firmes soportes de los deberes del hombre y del ciudadano [...]. Basta con preguntarnos ¿dónde quedaría la seguridad de la propiedad, de la reputación y de la vida, si el sentido de obligación religiosa está ausente [...]? Y seamos muy cautelosos con la suposición de que puede haber moralidad sin religión. Por mucho que le reconozcamos al influjo de la educación refinada de las mentes [...], tanto la razón como la experiencia nos prohíben esperar que la moralidad nacional se mantuviera sin el principio religioso”.<sup>2</sup>

Católicos y liberales eran diferentes en América. El catolicismo americano, frente al liberalismo, había tomado una posición distinta a la romana. El clero, desde los orígenes de la nación, y considerando que el liberalismo llegaba para quedarse, opta por no oponerse a los nuevos vientos de libertad, sino que trata de encontrar un acuerdo con el Estado de Derecho que le garantice también al catolicismo su independencia ciudadana. No intenta impedir la república, todo lo contrario, la defiende con su sangre; los inmigrantes católicos luchan y mueren por ella en la Revolución contra Inglaterra y en la Guerra Civil. El Estado de derecho democrático era preferible a la dictadura liberal. Desde allí, Iglesia y Estado colaboran para garantizar la libertad política. De ella dependía la vida de ambos. Hábitos morales y leyes justas era la fórmula del éxito. Todo aquello que fuere una amenaza social debía ser pacificado por ambos. La explotación de los inmigrantes por el liberalismo conservador lo era. Juntos logran la inclusión y evitan de lucha facciosa. John Carroll, su primer obispo, dijo:

2. R. MORRIS, “Discurso de despedida” en: D. BOORSTIN (comp.), *Compendio histórico de los Estados Unidos. Un recorrido por sus documentos fundamentales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997<sup>1</sup>, 172.

“Este indicio de prosperidad nacional es particularmente agradable para nosotros por otra razón; porque mientras nuestro país preserve su libertad e independencia, nosotros tendremos mejores fundamentos para saltar desde su Estado de justicia hacia nuestros derechos de igualdad como ciudadanos, ya que con [...] nuestro común esfuerzo en su defensa, bajo su buena conducción, los derechos valen más para nosotros por el recuerdo de los anteriores sacrificios”.<sup>3</sup>

El Estado norteamericano vio en los inmigrantes irlandeses una oportunidad histórica para su desarrollo como potencia industrial. Compartían la misma lengua y la misma tradición republicana; el complemento ideal para la nueva república. Los obispos católicos también vieron en ellos una oportunidad histórica, no solo para su posición como religión minoritaria sino para la lucha por la dignidad humana dentro del nuevo liberalismo republicano, mediante la democracia. En el punto 6 de la *Carta Pastoral del Primer Congreso Plenario* de los obispos norteamericanos dicen:

“Las convulsiones de Europa, [...] no han sido sin ventajas para nosotros. El espíritu de Jesús también se puso de manifiesto en sus cuerpos más que en sus palabras, por su utilidad más que por [...] el número de ellos en nuestros Estados”.

La militancia republicana de los obispos en Estados Unidos a favor de los derechos civiles y sociales de los inmigrantes obreros irlandeses, sumada a la primera crisis del liberalismo, dio lugar al surgimiento de la democracia de masas. Sin embargo la clase baja y pequeño-burguesa nativa veía en esa mano de obra calificada y barata la principal amenaza a sus problemas laborales, motivo que desata la discriminación hacia los inmigrantes, que llega al punto de graves enfrentamientos sociales.

## 2. El sistema democrático como condición de posibilidad de la dignidad humana de los inmigrantes obreros en el republicanism conservador del siglo XIX

La exclusión social de los inmigrantes obreros en Estados Unidos era una muestra de falta de democracia real en los orígenes de la pri-

3. “The catholic’s congratulations to President Washington, 1789” en: T. ELLIS (ed.), *Documents of American catholic history*, Milwaukee, Bruce Publishing Company, 1956<sup>1</sup>, 175.

mera república democrática moderna, situación ésta que lleva al catolicismo norteamericano a reaccionar frente al liberalismo, aunque siempre de manera diferente respecto de Europa. Los obispos en América se hacen republicanos y demócratas; no era un tema político sino escatológico. La Iglesia católica en América sabía que la dignidad humana, igualdad y libertad, en el liberalismo, solo estaba garantizada si este era frenado por principios democráticos que garantizaran los derechos sociales de todos los hombres, y no solo los derechos individuales de las minorías.<sup>4</sup> Estos buenos pastores –que llegaron incluso a dar la vida por sus ovejas en 1875 en Lexington y en 1861 en Charleston– buscarán entonces la inclusión social de los inmigrantes, luchando por la democratización del sistema republicano.

Líderes demócratas, como el obispo John England, que llegan en 1820 desde una Irlanda sometida por el liberalismo conservador, serán los encargados de convertir a los inmigrantes obreros en “americanos”, y a los americanos republicanos en “demócratas”. Estos obispos católicos harán de la pastoral una lucha por la inclusión social como garantía de la dignidad humana de los inmigrantes. Es así como el primer discurso en la historia ante el Congreso de los Estados Unidos, en defensa del principio constitucional de la libertad política, es dado en 1826 por un católico, England. Con argumentos republicanos, no teológicos, el obispo da allí una respuesta a la acusación de doble obediencia –a la república y a Roma–, que recaía sobre los inmigrantes obreros, como pretexto de la burguesía para negarles sus derechos sociales. Si no eran ciudadanos no eran sujetos de derecho.<sup>5</sup>

Cuando la política liberal republicana –conducida por las elites aristocráticas de Washington– comienza a fracasar, la política partidaria se presenta como salvadora de la clase obrera, en su mayoría inmigrante católica. Es así como la primera campaña electoral, y la primera democracia de masas en la historia, llega de la mano del voto católico, quienes –aunque minoría religiosa– conformaban la mayoría de la clase trabajadora,<sup>6</sup> para quienes el General Jackson en 1928 consigue el

4. Cf. “Primer Concilio Provincial”, en: H. J. NOLAN (ed.), *Pastoral Letters*, Washington, United States Catholic Bishops, 1984, Vol. I: 1792-1940, 3.

5. Cf. “Bishop England’s account of his address before Congress, 1826”, en: T. ELLIS (ed.), *Documents of American catholic history*, 235-236; ver también G. MESSMER, *Works of the Right Reverend John England*.

6. Cf. J. P. DOLAN, *The immigrant church: New York’s irish, and german catholics 1815-1865*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1971.

voto universal.<sup>7</sup> La democracia era la condición de posibilidad de los inmigrantes de garantizar una vida digna en el nuevo liberalismo industrial; pero el sistema, de manera clientelista y corrupta, se arroja a la compra de votos con todo tipo de propuestas deshonestas para los inmigrantes. Los obispos admiten con temor que lo que creían sería una bendición, la libertad política, podría convertirse en causa de injusticias. Dirigen entonces su pastoral a los electores obreros inmigrantes, en tanto hombres libres de cuyo juicio dependía la elección de los estadistas. Los electores, de cuyas virtudes dependía el derecho social, estaban siendo brutalizados por apelaciones a sus pasiones más bajas, convirtiendo a la bendición de la democracia en una maldición. En el número 31 de la *Carta Pastoral del Cuarto Concilio Plenario* dicen:

“Queridos hermanos, huyan de esta contaminación, manténganse lejos de estos crímenes –reflejen que son responsables no solamente ante la sociedad sino ante Dios por el ejercicio honesto, independiente y sin miedo de su voto; es una confianza puesta en ustedes no para su beneficencia privada sino para el bien público [...]”.

Para la *Declaración de Independencia* de Estados Unidos el fin último del Estado estaba en la “felicidad pública”, entendida como “libertad política”. Aunque la Primera Enmienda a la *Constitución* garantiza ese principio, sin embargo, los liberales republicanos conservadores –nativistas, tanto católicos como protestantes– fueron los primeros en no cumplirlo, y los inmigrantes demócratas –obreros católicos– los primeros en reclamarlo. Aquella libertad política de los Padres Fundadores del siglo XVIII era una amenaza para el liberalismo conservador y burgués del siglo XIX. No obstante, los obispos irlandeses consideraban que sólo en la república era posible luchar por la realidad efectiva de esa libertad política universal que permitiría a los inmigrantes ser sujetos de derecho.

Sin embargo, a la par que el mundo europeo liberal conocía la mirada optimista de Tocqueville sobre los católicos y la democracia,<sup>8</sup> dentro de la sociedad americana crecía el más brutal anticatolicismo hacia los inmigrantes, no de manos del Estado, como en Europa, sino de manos de los

7. Cf. A. SCHLESINGER, *The age of Jackson*, Massachusetts, Cambridge, 1945; J. WARD, “La mayoría debe gobernar”, en: D. BOORSTIN, *Compendio histórico de los Estados Unidos*.

8. Cf. DE TOCQUEVILLE, *La democracia en América*, I, II, IX, 287ss.



ciudadanos nativos. Resulta interesante resaltar que el ataque a los católicos fue más que una discusión teológica. El prejuicio étnico-religioso encubría la real confrontación social entre burgueses y trabajadores; nativos de origen sajón –protestantes y católicos– por un lado, y obreros inmigrantes de origen celta, por otro. La misma lucha social que en el viejo mundo mantenía a la Iglesia del lado de la nobleza conservadora, en Estados Unidos la colocaba del lado de los inmigrantes obreros demócratas, pero en ningún caso del lado del liberalismo. Estas fricciones sociales dieron origen a movimientos políticos como el *American Nativism* que actúa entre 1830 y 1845 –formando incluso el partido *American Republican Party*. Aliados con los *Whigs*, luchaban por la supremacía del legislativo sobre un ejecutivo, dominado entonces por el partido popular poblado de inmigrantes “incivilizados” –como eran percibidos–.

La inclusión social de los inmigrantes mediante la lucha política por la democracia fue para los obispos una tarea pastoral, como se ve en el desarrollo de sus *Cartas Pastorales* a lo largo del siglo XIX. Los obispos denuncian que el Estado, por un lado, mediante políticas públicas abría la ciudadanía a la inmigración obrera pero, por otro lado, cuando los republicanos conservadores atacaban la propiedad católica, no era capaz de garantizarles los derechos que de esa misma ciudadanía se desprendían.<sup>9</sup> En consecuencia, los obispos que en su pastoral proponían, en el plano religioso, el perdón para sus agresores, en el plano público desestimaban el repudio moral por parte del Estado de derecho por constituir eso una mezcla de jurisdicciones, un salto ontológico de lo jurídico a lo ético. Los crímenes, producto de la discriminación social –sostenían los obispos irlandeses en su pastoral– necesitaban la condena institucional y el resarcimiento económico correspondiente por parte del Estado.<sup>10</sup> De este modo, los católicos comienzan a insistir en la importancia del cumplimiento de las leyes como garantía de la unidad del Estado de derecho, que no tenía como fin solamente el orden público sino también garantizar los derechos sociales de todos. Sin duda, la idea era la observada por Tocqueville, en *La democracia en América*, acerca del cumplimiento de las costumbres como clave de la democracia, y no las leyes. En el punto 20 de la *Carta Pastoral del Tercer Concilio Provincial*, los obispos dicen:

9. Cf. “Tercer Concilio Provincial”, en: NOLAN, *Pastoral Letters*, 20.

10. Cf. “Cuarto Concilio Provincial”, en: NOLAN, *Pastoral Letters*, 3.

“El pasaje también contiene otra manifestación mentirosa y absurda, como ser, que los católicos no pueden reclamar protección bajo nuestro gobierno como ciudadanos. Ahora, es notorio que ellos quienes han nacido en el país son ciudadanos por el hecho de su nacimiento, y respecto a los inmigrantes, el gobierno [...], les ha deliberadamente admitido ser ciudadanos; y eso es manifiestamente absurdo de afirmar, que el ciudadano no puede, bajo nuestro gobierno, reclamar protección en ese carácter en el cual ellos han sido admitidos por el mismo gobierno”.

En el siglo XX, con Teodoro Roosevelt y su Nuevo Nacionalismo, se impone la idea de una república democrática, proponiendo al ejecutivo sobre el legislativo como única modalidad para luchar contra los monopolios. En su discurso de Kansas de 1910 da el famoso Corolario donde sostiene la democracia de masas como “nueva civilización”,<sup>11</sup> en contra del modelo liberal y, acorde al discurso pastoral que los obispos irlandeses sostenían desde 1820, apelando a un sistema económico que creara oportunidades para todos. Como reacción, los sectores conservadores fundan en Georgia en 1915 el *Ku Klux Klan*, contra negros, católicos, judíos, y extranjeros, reafirmando la identidad WASP en contra de los movimientos progresistas. Ese mismo año Palmer, el procurador general, lanzó una campaña xenófoba donde detuvieron seis mil extranjeros y los expulsaron.

En la década de 1920, como contrapartida a los movimientos sociales, el liberalismo provoca el ascenso de la clase media mediante un capitalismo que, manteniendo la prosperidad a base de una inflación deliberada, acercaba el lujo a los sectores trabajadores alejándoles del sindicalismo y la lucha social. Esta política económica, que culmina con la crisis de 1929, llevará a su pesar a la expansión del Estado y su política de control mediante un poder centralizador. La jerarquía católica irlandesa apoyará el nuevo plan social demócrata de Roosevelt como proyecto inclusivo de la clase trabajadora inmigrante.<sup>12</sup>

### 3. Prejuicio inmigratorio

La apertura de Estados Unidos a la inmigración a comienzos del siglo

11. Cf. E. MORISON, “El nuevo nacionalismo” en: D. BOORSTIN, *Compendio histórico de los Estados Unidos*, 573.

12. Cf. “Governor Smmith’s...1928”; en: ELLIS, *Documents*, 638.

XIX tiene una explicación política vinculada a la necesidad de expansión hacia el oeste del territorio estadounidense poblado por indígenas por un lado, y por otro al negocio de la venta de tierras por parte del Estado. Se necesitaba gente que ocupara el territorio, cosa que los ciudadanos nativos no querían hacer. Por consiguiente, los inmigrantes que llegan a Estados Unidos en 1820 son enviados a esas tierras, obligando de este modo a los indios a desplazarse a medida que los nuevos colonos avanzaban en la adquisición de tierras. Ahora bien, que la composición de esa inmigración sea irlandesa, tiene una explicación pastoral. Será debido a la influencia de su primer obispo John Carroll sobre los Padres Fundadores que esa inmigración fuera mayoritariamente católica y demócrata. La necesidad de tener un catolicismo de habla inglesa y costumbres republicanas, hizo que los irlandeses se ajustaran más a las costumbres americanas que el catolicismo francés, italiano o alemán. Pero, al mismo tiempo, la condición de opresión en que los ingleses mantenían a los irlandeses, hizo que la decisión tomada por John Carroll terminara, en el futuro, definiendo a favor de la democracia el rumbo del catolicismo y del liberalismo en Estados Unidos y en Roma.

Los inmigrantes católicos habían llegado a ser argumento de cuentos de terror para niños por parte de sus nanas inglesas.<sup>13</sup> El prejuicio hacia los inmigrantes, que en realidad ocultaba un problema social, siempre iba en dirección de su creencia religiosa. El primer convento en Charlestown, donde funcionaba un colegio de niñas, fue incendiado por los nativistas. Desde entonces y hasta la Guerra Civil, fueron incendiados conventos, iglesias y colegios, y católicos fueron asesinados o incluso abandonaron las ciudades. El incendio del convento de las Ursulinas, el 11 de agosto de 1834, mostró al mismo tiempo una aceptación nacional encubierta a la discriminación irlandesa. Estos brotes de violencia se repitieron cada diez años durante el siglo XIX. En el punto 3 de la *Carta Pastoral del Tercer Concilio Plenario*, los obispos sostienen:

“Nuestro lamento, sin embargo, no se desprende de la aprensión a perder nuestro voto civil, sino que lamentamos el espíritu malo que ha sido evocado, y que sus vientos pestilentes han contaminado nuestra atmósfera, que la paz de la sociedad está en peligro, el círculo domestico ha sido perturbado, y que la caridad ha partido de entre nosotros”.

13. Cf. “Primer Concilio Provincial”, en: NOLAN, *Pastoral Letters*, 12.

El panorama no era bueno para los inmigrantes. En el país de las garantías individuales y de la libertad religiosa eran perseguidos, por los liberales, por causas religiosas, para impedirles sus derechos individuales como ciudadanos. El incendio del convento de las ursulinas sucede en la primera democracia de la historia moderna, de la mano de los enemigos históricos de los católicos, los liberales de Nueva Inglaterra. El primer ataque material al catolicismo en la modernidad no llega de la mano del marxismo ni del nacionalismo, sino del liberalismo. En el punto 10 de la *Carta Pastoral del Tercer Concilio Plenarío* los obispos dicen:

“Pueden ir desde Maine al Golfo de México, y no podrán encontrar un acto similar a este, la destrucción de una institución, habitada por mujeres, mayoritariamente niños; la religión fue pisoteada; las biblias destruidas; las tumbas rotas; las cenizas de los muertos insultadas; las mujeres fueron sacadas de sus camas a la media noche, a medio vestir; mientras las masas exaltadas, gritaban y bailaban entre las ruinas que ellas habían provocado. Miles de personas lo rodeaban y nadie fue capaz de proteger a estas mujeres y sus propiedades. Esto, señores, es una mancha de sangre sobre la tierra, aquí hay una mancha de crueldad”.

Los primeros colonos católicos de Maryland, la única colonia católica irlandesa, ya eran hostigados por sus vecinos liberales ingleses de la colonia de Nueva Inglaterra, persecución que lleva a los católicos a redactar las *Actas de Maryland*,<sup>14</sup> primer documento histórico en garantía de la libertad de expresión, garantizado luego por la *Constitución* en el siglo XVIII mediante la Primera Enmienda. El espíritu nativista creció a la par de los inmigrantes, ya que estaban siendo desplazados en lo laboral por los obreros calificados irlandeses y alemanes, y ambos eran católicos. En 1842 protestantes de doce denominaciones sacan un documento denominado “americantagonismo”, que representaba la constitución de esa organización. Sin embargo, los obispos no incitan a la respuesta violenta, por el contrario, en el punto 5 de la *Carta Pastoral del Segundo Concilio Provincial*, los obispos predicán a sus fieles la calma, y la defienden con los mismos instrumentos que proveía el Estado de derecho diciendo:

14. Cf. “Maryland Acts”, en: ELLIS, *Documents*.

“No sean, por tanto, objeto de malas interpretaciones de hombres malvados, quienes [...] buscan excitar prejuicios injustos [...]. Continúad la práctica de la justicia y la caridad hacia todos vuestros compatriotas; respetad a los magistrados, observad la ley, evitar tumultos y desorden: libres, no como para tener libertad como cobertura de malicia, sino como siervos de Dios”.

Sin embargo, no debe pensarse que los inmigrantes eran ejemplo de ciudadanía y cristianismo. En 1850 en Pensilvania, cuando se da el segundo gran crecimiento de los inmigrantes irlandeses, estos crean una organización secreta conocida como *Molly Maguires* que provocó terror y crímenes por veinte años. Incluso en lo religioso eran supersticiosos, y trataban de vivir de la estructura social que les permitía el sistema protector del Estado democrático. Hubo políticos que supieron captar a esa masa marginal para llegar al poder, como se vio con el Partido Demócrata en 1849. Los inmigrantes irlandeses hicieron poco mérito para ganarse la aprobación de sus conciudadanos. Ellos constituían el peor componente inmigratorio de Europa. El problema del alcohol entre ellos era grave; eran pendencieros y toscos, pero al mismo tiempo eran trabajadores y políticos. Más allá de los prejuicios nativistas de historiadores como Mc Avoy que defienden la Iglesia nativa, culta y sofisticada contra la inmigración de irlandeses ignorantes y borrachos, fueron enviados realmente los peores irlandeses y, aún así, la inclusión fue posible gracias a la pastoral católica.

Esa inclusión social provocó la reacción del movimiento político conocido como *Know-nothin*, muy activo entre 1854 y 1856, integrado básicamente por la clase media conservadora –muchos de cuyos integrantes formarían luego parte del Partido Republicano en las elecciones de 1860–. El movimiento se origina en New York en 1843 con el mismo Partido Republicano, que luego se convierte en partido nacional en 1845 bajo el nombre de Partido Americano. El nombre de *Know Nothing* era un término casi secreto de la organización dentro del partido ya que, cuando algún miembro era interrogado sobre el movimiento, se le respondía: “I know nothing”. En un comienzo los *Know-Nothing* surgen en oposición a los católicos irlandeses y alemanes; en realidad era una oposición a la clase obrera, ya que luego se convierte en un movimiento en contra de los inmigrantes en general; de hecho en San Francisco surge como grupo opositor a los chinos y latinoamericanos. Mientras los inmigrantes fuesen católicos pero liberales y sajones, las cosas más o menos podían armonizarse. Cuando

fueron celtas y se manifestaron por la democracia de masas, la crisis entre demócratas y liberales toca uno de sus puntos más álgidos. Años más tarde aparece la *American Protective Association* –APA–, una sociedad secreta americana anticatólica, similar al *Know Nothing*, muy activa entre 1891 y 1897. Curiosamente sus miembros eran irlandeses acomodados por un lado, y protestantes –entre otros anticatólicos como alemanes y escandinavos luteranos y de otras denominaciones religiosas–. La APA, en contra de la inmigración, comienza a remover inmigrantes de los cargos públicos y de las escuelas. Hacia 1896 tenía dos mil quinientos miembros y veinte simpatizantes en el congreso. APA fue el mejor blanco de la campaña del Partido Demócrata –integrado en su mayoría por católicos– en 1894.<sup>15</sup>

Aunque el prejuicio inmigratorio no se apoderó de las instituciones políticas, los inmigrantes obreros sufrieron una terrible persecución justificada en el presupuesto de que nunca serían capaces de americanizarse. A diferencia de Europa, sus líderes –clérigos y obispos católicos– no se enfrentaron al liberalismo, sino que se apoyaron en sus mismas instituciones para defender sus derechos. La Iglesia se esfuerza primero por hacer de los inmigrantes verdaderos ciudadanos americanos, haciendo de ello su objetivo pastoral, tarea que consistió, primero, en confirmar a los inmigrantes en su patriotismo y destacar el “ser americano” de los católicos nacidos en Estados Unidos, independientemente de la ciudadanía extranjera de sus padres.<sup>16</sup> Los obispos americanos, en lugar de condenar al liberalismo, reafirmaron su conformidad con el sistema republicano.

El verdadero problema no era religioso sino social: representaba el enfrentamiento entre la masa de inmigrantes excluidos de los derechos sociales, y la burguesía a cargo del Estado. El nativismo no sólo existía entre los protestantes nativistas, sino también entre los mismos católicos –laicos, sacerdotes, u obispos–, si estos provenían de sectores conservadores, descendientes directos de colonos irlandeses, ingleses, o franceses. Dada la baja reputación de los irlandeses celtas, las elites conservadoras, católicas o protestantes, pretendían que la inmigración fuese anglo-sajona. Los inmigrantes no sólo tenían la resistencia de los protestantes, sino también la de los mismos católicos, lo cual indica

15. Cf. “The secret Oath... 1893” en: ELLIS, *Documents*.

16. Cf. “Primer Concilio Provincial”, en: NOLAN, *Pastoral Letters*, 6.

que la aversión al inmigrante irlandés celta respondía a un problema social entre conservadores y demócratas que se hará evidente luego de la Guerra Civil. La pastoral apuntará a la educación como solución al problema de la exclusión del inmigrante, aunque no en sentido iluminista, como se verá más adelante.

El anticatolicismo norteamericano del siglo XIX debe entenderse no sólo en función de un nativismo anti-irlandés, sino también en el marco de un amenazante liberalismo europeo anticatólico y antipopular, que acusaba a la Iglesia de ser opositora de la libertad. Mientras en Europa el catolicismo era acusado por el liberalismo de conservador, en Estados Unidos era acusado de socialista –aunque los obispos católicos irlandeses alegaban ser políticamente independientes–. En este contexto, el obispo John Joseph Hughes, desafiando al liberalismo, pone como piedra angular de la “nueva civilización”, en el centro de New York, la Catedral de *Saint Patrick*, en 1858, una construcción neogótica en el corazón del liberalismo económico de estilo racionalista.<sup>17</sup> Este defensor de los irlandeses sostuvo que, si bien los inmigrantes nunca dejarían de ser irlandeses, serían americanizados, civilizados o “patriotizados”. Esa fue la función política del catolicismo respecto de los inmigrantes. Hughes, ante los ataques nativistas, mantuvo a su gente al margen de la respuesta violenta instándolos a la obediencia republicana, al cumplimiento de hasta la más insignificante de sus reglas, y al respeto de los derechos constitucionales. Los obispos irlandeses sabían que los conflictos internos son la verdadera caída del Estado, ya que cuando la seguridad se ve amenazada el despotismo es inminente y la república desaparece. Lo evitaron, porque veían a la república como la única forma política que garantizaba la libertad en la modernidad. En el punto 12 de la *Carta Pastoral del Primer Concilio Plenario*, los obispos dicen:

“Ligados a las instituciones civiles bajo las cuales ustedes viven, ellas deben marcar siempre su conducta [...]. Obedezcan a las autoridades públicas, no solo por miedo, sino por conciencia. Muestran su afecto hacia las instituciones de nuestro querido país, mediante el cumplimiento de todos sus requerimientos, y mediante los celos que ustedes guardan con devoción por la más mínima de las reglas con las cuales ellas prescriben el mantenimiento del orden público y de los derechos individuales. Refuten de esta manera la charlatanería de los hombres malvados con vuestro patriotismo [...]”.

17. Cf. C. MORRIS (ed.), *American Catholic*, Charles Morris, 1997 [s. ed.].

#### 4. Pastoral de inmigración

La gran masa inmigrante norteamericana –católica y demócrata– en el siglo XIX es irlandesa, alemana, e italiana. La institución encargada de incluirlos socialmente fue la Iglesia Católica. El gobierno en Estados Unidos le encarga “patriotizar” a su gente a cambio de ciudadanía. Los inmigrantes irlandeses, luego de muchas luchas sangrientas, se “americanizan”. England será el primer obispo irlandés en Estados Unidos que al ver el problema migratorio propone la necesidad de unificar la pastoral de la Iglesia Católica en ese país con el fin de solucionar el problema social que esto ocasionaba. Solicita un concilio nacional para unificar las políticas de las diferentes diócesis en orden a solucionar y prevenir problemas migratorios en Estados Unidos. El objetivo también era unificar la práctica religiosa del catolicismo, que se encontraba en riesgo debido a la gran masa migratoria diversificada. En el punto 6 de la *Carta Pastoral del Primer Concilio Provincial* los obispos dicen:

“Como nuestras congregaciones han sido en gran medida hasta ahora una población inmigrante, por lo tanto, nuestros ministros también han sido considerablemente ciudadanos adoptados. Pero sus hijos han asumido en un corto tiempo muchas de las características nativas [...]”

La pastoral consistía especialmente en la recomendación de cuidarse del “falso liberalismo”, como denominan al liberalismo económico –al que ven como irracional y desmoralizante–, para diferenciarlo del modelo político republicano que éste adopta como garantía de la libertad. Ese “falso liberalismo”, que acusaba permanentemente a los inmigrantes, era un liberalismo que no comprendía la idea de libertad que la Iglesia Católica defendía –igualdad y libertad como principios fundamentales de la dignidad humana–. La pastoral acentuó y defendió la cooperación en la construcción de la democracia de masas, luchando contra sectores conservadores, desde las Cartas Pastorales. En los documentos de los obispos norteamericanos la libertad política es defendida siempre y cuando se encuentre limitada por la moral verdadera y universal, diferenciando también de este modo liberalismo político de liberalismo moral. El catolicismo se presenta allí como soporte moral de la autoridad temporal.<sup>18</sup>

18. Cf. “Segundo Concilio Plenario”, en: NOLAN, *Pastoral Letters*, 11.



El desconocimiento por parte de los liberales conservadores de la dignidad humana de los inmigrantes, al no reconocerles su categoría de iguales negándoles sus derechos civiles, hacía que estos no pudieran reclamar al gobierno la protección social como ciudadanos, pero –como citan los obispos en su pastoral– aquellos sí tenían el derecho de mirarlos a la cara y recibir su ayuda.<sup>19</sup> Ante ese panorama social donde la discriminación y la violencia –producto de un liberalismo económico incapaz de dar soluciones a la masa– amenazaba la paz social, el camino pastoral que vieron los obispos como alternativa fue moralizar la democracia de las masas mediante la educación religiosa impartida por una pastoral unificada a nivel nacional. El fin que se propuso el catolicismo americano del siglo XIX era a largo plazo, en el que creían no todos estaría muertos. Se propusieron lograr que los hijos de los inmigrantes católicos llegasen –como Moisés en el desierto–, a la tierra prometida. Ellos deberían ocupar en el futuro inmediato los primeros cargos públicos del sistema liberal republicano como única alternativa para asegurar a su gente los derechos sociales que la clase dirigente desde el Estado les impedía. Más allá de que los obispos pensasen que la sociedad democrática requería de una educación en las costumbres, en el hábito de las virtudes morales y civiles, pensaban también en una educación superior para los hijos de los inmigrantes. Una educación diferente a la del iluminismo, que diese a los hijos del obrero la posibilidad de acceder a una educación más allá de la escuela de oficios. Que se preparasen no para ser mano de obra calificada sino para ejercer el autogobierno: “Una sana democracia no puede tolerar una educación puramente industrial [...]. No queremos que los hijos de los asalariados estén asignados a una clase social especial, marcados como fuera de la esfera de oportunidades de la cultura”.<sup>20</sup>

Decidieron construir escuelas parroquiales para los inmigrantes, e incluso abrir una universidad católica para evitar la infiltración de filosofías liberales. Ellos no querían formar tecnócratas funcionales al nuevo capitalismo industrial, sino ciudadanos cristianos funcionales a una sociedad democrática, a la “nueva civilización”, como garantía de la dignidad humana: la igualdad y la libertad. La *Carta Pastoral del Segundo Concilio Plenario*, en el número 36 dice: “Necesitamos de los clérigos [...] la urgente cooperación con los

19. Cf. “Tercer Concilio Plenario”, en: NOLAN, *Pastoral Letters*, 17.

20. Cf. “Programa de reconstrucción social”, en: NOLAN, *Pastoral Letters*, 30.

planes [...], para darles educación cristiana, de la cual ellos están muy necesitados.” En el número 52 agrega: “[...] Esta tendencia es lo natural en una época de derechos naturales e instituciones representativas. Esto está también de acuerdo con el espíritu de la Iglesia, cuyo objetivo, indicado por su nombre católico, es unir a toda la humanidad en una hermandad.”

Hughes apoyó activamente a los inmigrantes irlandeses ocupándose sobre todo del soporte económico para las escuelas a las que asistían sus hijos, ya que estos obreros pobres no podían pagar colegios privados, y en la escuela pública la enseñanza era conservadora. Frente a los tiempos modernos marcados por las libertades individuales y por el protagonismo de los obreros en la lucha por sus derechos, la Iglesia en Estados Unidos reconoce rápidamente el nuevo rol del laico. Entiende que una parte importante de la lucha debería ser llevada a cabo por ellos, los hijos de los inmigrantes marginales a los que se debía incorporar al sistema. Por tanto, su objetivo pastoral consistió en la educación universitaria de los hijos de los trabajadores. En el número 30 de la *Carta Pastoral del Tercer Concilio Plenario*, los obispos dicen:

“En el gran combate que viene entre la verdad y el error, entre la fe y el agnosticismo, una parte importante de la lucha tiene que ser llevada por los laicos, y será penoso para ellos si no están preparados. Si, en los días antiguos de vasallaje y servidumbre, la Iglesia honró a cada individuo, sin importar que tan humilde sea su posición. Y trabajó para darle la iluminación que lo calificaría para futuras responsabilidades, mucho más ahora, en la era de derechos y libertades populares, cuando cada individuo es un factor activo e influyente en la política, desea ella que todos sean entrenados adecuadamente para delegar inteligente y concientemente los deberes importantes que sobre ellos van a caer”.

La pastoral americana, en su lucha por garantizar la dignidad de los sectores inmigrantes introduce el concepto de “civilización verdadera”, la cual requiere, al mismo tiempo, de la formación intelectual y religiosa. Sin religión no es posible la moralidad, y sin moralidad hasta lo físico se corrompe, y la razón sólo servirá como instrumento del vicio, dicen los obispos.<sup>21</sup> La universidad católica es una consecuencia de esta preocupación pastoral frente al problema de la inmigración; es el camino a la inclusión. Más allá de la forma-

21. Cf. “Tercer Concilio Plenario”; en: NOLAN, *Pastoral Letters*, 31.

ción de los laicos para la política, la participación del individuo en la vida pública ya no era solo a través de lo religioso, ni tampoco solo a través de la política. León XIII, luego de conocer la apología demócrata que los obispos americanos hacen en Roma, asume la causa del pueblo y, sin ponerse del lado de ninguna forma de gobierno –como lo hiciera England en su discurso ante el Congreso– intenta re-localizar al catolicismo del lado de los derechos sociales; en el mundo, la nueva gran masa católica era trabajadora y demócrata. Cuatro encíclicas, desde entonces, refuerzan esa idea: *Inmortale Dei* en 1885; *Libertas Praestantissimum* en 1888; *Sapientiae christiana* en 1890; y *Graves de communi* en 1901.

Si bien en el siglo XX los sacerdotes irlandeses siguen con la reforma social, y su influencia en la jerarquía sigue siendo mucha, entre los laicos la concordancia ya no es tanta. Los católicos también son afectados por la eficacia ideológica del Estado de bienestar. Los católicos irlandeses ya no eran los inmigrantes marginales, ahora ocupaban los puestos jerárquicos en las universidades y el Estado, y se vuelven conservadores. La Doctrina Social de la Iglesia, producto de la insistencia de los obispos americanistas en Roma, casi no es conocida por ellos y están lejos de la lucha social. Las enseñanzas pastorales desde el púlpito comienzan a ser tendientes a alejar a los obreros de las protestas sociales y de las asociaciones. De hecho, John Ryan, uno de los más destacados reformadores sociales del catolicismo americano del siglo XX, conoce la encíclica *Rerum Novarum* recién en la universidad. Dentro del ala demócrata del catolicismo, también hay diferencias. Por un lado estaban los progresistas como Ryan, y por otro los populistas como Coughly; los primeros de tendencia socialista y los segundos de tendencia nacionalista.<sup>22</sup>

## 5. Hacia un plan pastoral de inclusión social de los inmigrantes marginales en la nueva sociedad pos-industrial

En Estados Unidos hacia 1830, la crisis económica mostró que no había suficiente para todos. Con la caída de la venta de tierras, el

22. Cf. G. FOGARTY, *The Vatican and the American Hierarchy from 1870 to 1865*, Wilmington Delaware, Michael Glazier, 1982; y A. M. GREELAY, *The Catholic Experience*, New York, Doubleday & Company, 1967.

gobierno entra en déficit y en 1837 comienza una depresión económica que dura cinco años, que provoca falta de trabajo y, en consecuencia, el conflicto inmigratorio. Esta realidad económica, estigmatizada por la religión, se ocultaba tras la persecución nativista contra el catolicismo, a cuyos fieles acusaban en lo formal de anti-republicanos, aunque en lo real era la modalidad que la lucha social del siglo XIX tomaba en Estados Unidos.

Sin embargo, la revolución social también llega a Estados Unidos. En la Guerra Civil se instala triunfante el modelo liberal económico por sobre el agrario conservador. A primera vista no aparece –como en los países europeos– una posterior revolución social donde el proletariado se enfrenta a la burguesía por la democracia universal como garantía de sus derechos sociales. Sin embargo, en Estados Unidos esto ocurre simultáneamente con la Guerra Civil. Al mismo momento se dan las dos luchas: la liberal y la social. Por un lado se daba el enfrentamiento entre el modelo industrial del Norte liberal contra el modelo agrario del Sur conservador, librado en los campos de batalla oficiales de la Guerra Civil –lo que en Europa habían logrado las guerras de independencia–. Por otro lado, se daba el enfrentamiento revolucionario entre burgueses nativistas y proletarios inmigrantes, librado en las calles de las grandes ciudades por pandillas urbanas que se agredían, pero siempre bajo prejuicios religiosos y étnicos. Los inmigrantes irlandeses, por tanto, luchaban en ambos enfrentamientos: en el campo de batalla, del lado del liberalismo, reclutados a la fuerza a cambio de comida, apenas bajaban de los barcos; en las calles de New York, por iniciativa propia, del lado de los demócratas por sus derechos civiles y sociales. Y todo eso sin interrupción de la república. Eso constituía una auténtica lucha federal; mantenía al mismo tiempo la soberanía en las dos esferas, pero con fines diferentes: Estado central y Estados particulares; Iglesia-Estado; Norte-Sur; conservadores-progresistas.

Terminada la revolución queda definido el modelo republicano y democrático en lo formal, con la Décimotercera Enmienda, pero la exclusión social continúa para los negros, los católicos, y los inmigrantes. Es la época de la segunda gran inmigración de 1880, en la que ahora, además de los Europeos del Norte, venían también los judíos de Rusia, los italianos y los europeos del Este; la población inmigrante obrera llega a trece millones. Con ella crece el socialismo y el marxismo entre los trabajadores, pero su influencia nunca superó a la de los

católicos irlandeses con su pastoral pro-inmigrante, pro-demócrata, pro-obrera, y pro-nacionalista, motivo este último por el cual recibían todo el apoyo del Estado. Sin embargo, el sector del catolicismo que defiende la democracia como sistema social garante de los derechos sociales es acusado, por el mismo catolicismo desde su ala conservadora, ante Roma, casi como herejes.

Para entonces, la desconfianza hacia la democracia liberal ya era un hecho también entre la clase trabajadora inmigrante. Esto provoca el nacimiento y la proliferación de las sociedades secretas de los gremios, agrupadas por fuera de las instituciones republicanas, con el fin de poder defender sus derechos al margen de un sistema que en la realidad no los representaba. Los obispos irlandeses, más allá de su defensa republicana, y en contra de Roma, se ponen de su lado. La *Carta Pastoral del Tercer Concilio Plenario* es una denuncia al falso liberalismo que utiliza los regímenes democráticos en beneficio de intereses particulares, usurpando la representatividad del pueblo. El cardenal Gibbons, ante Roma, defiende a los trabajadores y sus sociedades secretas, marginales. Los obispos norteamericanos, hacia fines del siglo XIX, vieron justa la huelga como protesta por sus derechos, y así lo manifiestan en su pastoral. Incluso llegaron a sostener con convicción que, ante tamaña injusticia de parte de los monopolios, era casi imposible pedir que no haya violencia. El catolicismo llega a este punto en Estados Unidos debido a su composición mayoritariamente inmigrante y proletaria.

Frente a estos acontecimientos, el obispo Ireland trabajó por buscar una solución al conflicto. Su posición se hizo manifiesta cuando se publica en el *New York Times* el 14 de octubre de 1894 un reportaje que le hace Jules Huret, famoso periodista, en base a declaraciones que el obispo había hecho para la prensa francesa. Ireland, en la nota, reconoce ser un luchador por la elevación moral e intelectual de la clase inmigrante trabajadora, y cree que una verdadera democracia no podía excluirlos. Sostiene que la aspiración de las masas a la igualdad social es una aspiración legítima.<sup>23</sup> Los católicos americanos progresistas estaban muy lejos del marxismo; eran republicanos y nacionalistas en función de la dignidad humana de la masa inmigrante obrera.

23. Cf. "Archbishop Ireland's views on socialism, 1894," en: ELLIS, *Documents*.

El comité administrativo de los obispos de la NCWC –luego de que ésta fuera interrumpida por 35 años debido a las diferencias políticas primero y a la romanización después– publica el 12 de febrero de 1919 un primer documento pastoral, denominado *Programa de reconstrucción social*, bajo la conformidad de la mayoría. El plan, uno de tantos para la época –como los de Italia, Francia, o Gran Bretaña–, apuntaba a resolver los problemas de justicia social sobre los cuales la Iglesia creía que podría conseguirse la paz social: “El fin de la Gran Guerra ha traído la paz. La única garantía de la paz es la justicia social y el contento del pueblo”.<sup>24</sup> John A. Ryan fue el más influyente católico en el campo de las reformas sociales. Su propuesta era una forma de nueva legislación económica tendiente a reformar el Estado para garantizar la inclusión social de todos los sectores; tomada más tarde por el *New Deal*, llegó a ser una de las personas cercanas al presidente en el gobierno de Roosevelt, y al Vaticano durante la gestión de Eugenio Pacelli. En 1919 su propuesta bajo el nombre de *Programa de reconstrucción social*, el documento más progresista de los americanos, constituía una propuesta al gobierno, afirmando que la única garantía de la paz era la justicia social.

## 6. Conclusión

La inmigración obrera irlandesa del siglo XIX a Estados Unidos fue una de las causas que condicionó al liberalismo republicano conservador en ese país, a garantizar constitucionalmente con la democracia –establecida como principio en su *Declaración de Independencia*– los derechos civiles y sociales de manera universal. Mucha fue la colaboración del plan pastoral nacional impulsado por los obispos irlandeses a favor de una vida digna para esos inmigrantes. Esa pastoral actuó en dos direcciones: por un lado, desestimando la respuesta violenta de parte de los inmigrantes hacia los ataques nativistas; por otro lado, recurriendo al mismo Estado de derecho para hacer valer el principio de igualdad universal establecido en 1776. El estudio de la pastoral católica norteameri-

24. Cf. “John A. Ryan and the Bishops’ program of social reconstruction, 1919”, en: ELLIS, *Documents*, Introduction.

cana del siglo XIX frente al problema de la inmigración es un ejemplo de que la lucha por los principios cristianos de igualdad y libertad y la inclusión social de las grandes masas migratorias es posible para cada generación; viendo a las masas inmigrantes no como una amenaza social, sino como una oportunidad histórica al desarrollo de los pueblos. Sin embargo, las categorías que se utilizaron en defensa de la dignidad humana en el siglo XIX y parte del XX frente a una sociedad industrial que utilizaba a los inmigrantes como fuerza de producción en condiciones inhumanas, ya no responden a las demandas de una sociedad post-industrial, donde el problema es la falta de trabajo en occidente. Las victorias conseguidas para el obrero, como la jornada laboral de ocho horas o los seguros de salud y desempleo, hoy son obsoletas frente a la desocupación. Los movimientos migratorios continúan, pero cada vez hay más trabajadores desocupados viviendo en los márgenes de la sociedad liberal. La pastoral deberá pensar hoy nuevas modalidades de inclusión social para garantizar la igualdad y la libertad de todos los seres humanos, incluyendo en este grupo a los inmigrantes.

EMILCE CUDA  
10.10.09 / 15.12.09